

# Un paso adelante, dos atrás: la participación de las mujeres de Estados Unidos en los movimientos sociales de la era “posfeminista”

Kristin G. Esterberg\*

**E**n 1994, entrevisté a mujeres lesbianas y bisexuales como parte de un proyecto mucho mayor sobre la identidad de dichas comunidades. Entonces, les pregunté sobre la clase de cambios que habían observado en el movimiento de mujeres durante los últimos años. De manera casi unánime, me contestaron: “¿Cuál movimiento de mujeres?, ¿dónde?”; puesto que en la pequeña comunidad del noreste de Estados Unidos donde vivían, ese movimiento no era visible por ningún lugar. Cuando les hice a las mujeres la misma pregunta con respecto a los movimientos lesbiano y gay de 1990, se emocionaron al hablar sobre los cambios. Mencionaron organizaciones políticas, iniciativas, esfuerzos de movilización y protestas políticas recientes. Ellas habían visto un vibrante y activo movimiento de gays y de lesbianas, tanto a nivel nacional como local. Por doquier había actividades de dichos movimientos, según parecía. Pero, ¿y el movimiento de mujeres? Aparentemente se había evaporado.

Estas mujeres no son las únicas, presumo, en su afirmación de un movimiento de mujeres independientes durante los últimos años del siglo xx. Los tan populares medios de comunicación, después de todo, han declarado que el movimiento feminista ha muerto hace tiempo y que hemos entrado en una “era posfeminista”. Pero, si existe algo, estas mujeres están más dispuestas a ver, a lo sumo (o así quieren ver), la presencia de un movimiento de mujeres organizado y activo.

La mayoría de las entrevistadas tendían a considerarse a sí mismas como feministas y muchas habían estado políticamente activas de una manera u otra. En los años setenta, algunas habían promovido con denuedo el movimiento feminista en la pequeña ciudad donde vivían; pero sólo muy pocas habían alcanzado prominencia nacional. Muchas todavía trabajaban activamente en pro de las mujeres en diversas agencias de servicios sociales, de instituciones educativas y otras organizaciones. Sin embargo, ninguna se veía inmersa en un movimiento autónomo feminista de mayor envergadura; ninguna, tampoco, sentía la fuerza y la excitación que se derivan de trabajar en un movimiento popular

\* Departamento de Sociología, University of Missouri-Kansas.

de gran escala. Así, aun cuando existían grupos nacionales, como la Organización Nacional para Mujeres (National Organization for Women, NOW por sus siglas en inglés) y la Liga Nacional de Acción a favor del Aborto y de los Derechos Reproductivos, (National Abortion and Reproductive Rights Action League) que continuaban promoviendo una agenda feminista, y aunque muchos de los logros de la segunda ola de los movimientos de mujeres son evidentes en la vasta red de refugios para mujeres golpeadas, en los centros de atención para mujeres violadas, en los programas de estudios sobre mujeres, y porque han auspiciado otras organizaciones y otras actividades a lo largo de Estados Unidos, el movimiento de mujeres como tal parecía atravesar por una muy mala racha.

Esta sensación de que el feminismo, en los últimos años, ha decaído o, cuando menos, ha cambiado, no es privativa de las pequeñas comunidades del nordeste de Estados Unidos. De hecho, una edición reciente del periódico feminista *Signs* publicó una entrevista con varias mujeres que tenían un largo historial como activistas del movimiento feminista y que, aun en la actualidad, trabajan vigorosamente para mejorar el nivel de vida de las mujeres.<sup>1</sup> Estas mujeres tratan de resolver la cuestión de cómo definir el movimiento y el activismo de las mujeres en los años noventa. Charlotte Bunch decía en dicha entrevista:

No me agrada la expresión *el* movimiento de mujeres. En su lugar, yo hablo con frecuencia de las mujeres o de mujeres en movimiento. Hay una enorme actividad popular descentralizada de mujeres que pueden o no llamarse feministas, pero que sí están informadas por el debate, discurso o concientización feminista.<sup>2</sup>

El movimiento feminista está en todas partes y en ninguna, comentaban entre ellas: no hay un movimiento o bien, hay varios.

Así son los años noventa en Estados Unidos. Aunque las mujeres están ciertamente activas en diversos movimientos sociales y, a pesar de que se ha debatido mucho acerca de los derechos y los papeles de las mujeres, el activismo de éstas ha cambiado. Mientras entramos en los últimos años del siglo xx, los movimientos de mujeres estadounidenses parecen haber entrado nuevamente en un periodo de letargo, similar en algunas cosas al periodo de los años cincuenta, caracterizado por Leila Rupp y Verta Taylor.<sup>3</sup> En tanto las activistas feministas han tenido un gran número de logros y en tanto las mujeres continúan trabajando en diversos movimientos sociales, los movimientos de mujeres —autó-

<sup>1</sup> Heidi Hartmann, Ellen Bravo, Charlotte Bunch *et al.*, "Bringing Together Feminist Theory and Practice: A Collective Interview", *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 21 (1996): 917-951.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 926-927.

<sup>3</sup> Leila Rupp y Verta Taylor, *Survival in the Doldrums: The American Women's Rights Movement, 1945 to the 1960s* (Nueva York: Oxford, 1987).

nomos— se ven fragmentados y dispersos. Al mismo tiempo, hemos presenciado un resurgimiento del activismo de derecha, lo que incluye una proliferación de grupos de mujeres. Así, muchos de los logros parecen ser muy frágiles o tenues y, en ciertas áreas, claramente hemos perdido terreno. Hemos, sin duda, ido dos pasos adelante y uno atrás.

## La actividad de los movimientos sociales de mujeres en los años sesenta

¿Dónde están los esfuerzos de protesta social de las mujeres estadounidenses en la segunda mitad del siglo xx? Para poder responder tal pregunta, necesitamos revisar primero, cómo se han organizado las mujeres en la parte media de este siglo. En un impresionante volumen sobre mujeres y protesta social, Guida West y Rhoda Lois Blumberg delinean cuatro tipos de circunstancias que conducen a las mujeres a la protesta social:<sup>4</sup> asuntos de supervivencia económica, luchas nacionalistas, raciales y étnicas, temas humanísticos y de nutrición y los relacionados con los derechos y la condición de las mujeres. En Estados Unidos, en la década de los sesenta, encontramos evidencia de la participación de las mujeres en cualquiera de estos tipos de reivindicaciones. Mujeres blancas y negras por igual han tomado parte en los movimientos pro derechos civiles y en su intento por obtener justicia racial para los negros de Estados Unidos.<sup>5</sup> Las mujeres han participado en movimientos estudiantiles y de la nueva izquierda, y en el movimiento para poner fin a la guerra de Vietnam.<sup>6</sup> Las mujeres han sido líderes y activistas, tanto en los movimientos de liberación de homofilia, tales como los de gays y lesbianas.<sup>7</sup> Con base en sus experiencias en estos movimientos, y enriqueciéndolas, las mujeres han creado y sostenido un movi-

<sup>4</sup> Guida West y Rhoda Lois Blumberg, eds., *Women and Social Protest* (Nueva York: Oxford, 1990).

<sup>5</sup> Bernice McNair Barnett, "Invisible Southern Black Women Leaders in the Civil Rights Movement: The Triple Constraints of Gender, Race, and Class", *Gender and Society* 7 (1993): 162-182; Charles Payne, "«Men Led, But Women Organized»: Movement Participation of Women in the Mississippi Delta", en West y Blumberg, eds., *Women and Social Protest*; Belinda Robnett, "African-American Women and Leadership in the U.S. Civil Rights Movement", *American Journal of Sociology*, no. 101 (1996): 1661-1693; Rhoda Lois Blumberg, "White Mothers as Civil Rights Activists: The Interweave of Family and Movement Roles", en West y Blumberg, eds., *Women and Social Protest*.

<sup>6</sup> Alice Echols, *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America 1967-1975* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989).

<sup>7</sup> Lillian Faderman, *Odd Girls and Twilight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America* (Nueva York: Columbia University Press, 1991); Kristin G. Esterberg, "From Accommodation to Liberation: A Social Movement Analysis of Lesbians in the Homophile Movement", *Gender and Society*, no. 8 (1994): 424-443.

miento de mujeres autónomo, con vertientes liberales y radicales. La década de los sesenta fue verdaderamente una época fértil para la actividad de los movimientos sociales en Estados Unidos.

## Ciclos de protesta social

Desde entonces, los movimientos de mujeres —y, en general, los movimientos progresistas para el cambio social— han pasado por muy malos tiempos. Como dice Sidney Tarrow, los ciclos de protesta configuran el contorno de la actividad de los movimientos sociales.<sup>8</sup> Cuando las condiciones políticas favorecen el activismo social, una amplia gama de movimientos sociales (y de organizaciones sociales) prosperan, y cuando las condiciones políticas cambian, los movimientos se contraen. Así, como el clima político se ha vuelto ahora, en los ochenta y en los noventa, menos favorable para el desarrollo del activismo, los movimientos de mujeres, consecuentemente, han decaído (aunque no al extremo tan evidente de otros movimientos sociales, como el de la nueva izquierda).<sup>9</sup> En su muy controversial escrito sobre la decadencia del feminismo radical, Alice Echols data tal decadencia hacia 1975, cuando según ella, el feminismo radical se vio ampliamente rebasado por el feminismo cultural, y muchas de las feministas se dedicaron a crear “una cultura de las mujeres”, más que a actividades de protesta formales. Echols ubica algunas de las razones de la decadencia del feminismo en su dificultad para atraer mujeres jóvenes. En cierto grado, argumenta, el feminismo “es víctima de su propio éxito”.<sup>10</sup> El movimiento de mujeres logró importantes beneficios, especialmente para las blancas de clase media; pero, al mismo tiempo, la cooptación de los ideales feministas ha contribuido a la marginación de la actividad de los movimientos sociales feministas. La igualdad de género nos ha sido presentada —por vendedores, políticos y otros— como algo logrado y, por ende, las feministas son vistas como un grupo de interés especial anacrónico.

Otras sostienen que a pesar de que la fase activista de los movimientos feministas haya declinado, el activismo de las mujeres no se ha detenido de ninguna manera.<sup>11</sup> En contraste con lo dicho por Echols, Verta Taylor y Leila Rupp,

<sup>8</sup> Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements, Collective Action, and Politics* (Nueva York: Cambridge, 1994).

<sup>9</sup> Véase Verta Taylor y Nancy Whittier, “The New Feminist Movement”, en Laurel Richardson, Verta Taylor y Nancy Whittier, eds., *Feminist Frontiers 4* (Nueva York: McGraw-Hill, 1997).

<sup>10</sup> *Ibid.*, 293.

<sup>11</sup> Rupp y Taylor, *Survival in the Doldrums...*

manifiestan que el feminismo cultural, especialmente como se ha expresado dentro de las comunidades feministas lesbianas, provee los medios a través de los cuales los ideales feministas se mantienen vivos durante los tiempos difíciles. Al proporcionar un refugio y un campo de entrenamiento para pequeños grupos selectos de feministas muy comprometidas, dicen ellas, las comunidades lesbianas funcionan como una estructura latente que mantiene el feminismo vivo en tanto llegan tiempos mejores.

Sin embargo, otros estudiosos del tema arguyen que la decadencia de los movimientos de mujeres se debe en gran parte a la institucionalización de muchos de los programas e ideales feministas y a la subsecuente disminución del activismo popular. Hasta extremos notorios, gran parte de los objetivos del movimiento de mujeres se ha institucionalizado. La Ley de Igualdad de Salarios de 1963 (Equal Pay Act) garantiza igual salario por igual trabajo, y el Título IX de la Enmienda de la Educación, promulgada en 1972, prohíbe la discriminación sexual en todas las instituciones educativas que reciben fondos federales. La Ley de Igualdad de Oportunidades en el Empleo (Equal Employment Opportunity Act) de 1972 prohíbe la discriminación en el empleo por causa de raza, color, origen nacional, religión o sexo. Se han establecido centros de atención para mujeres violadas y refugios para mujeres golpeadas en muchas ciudades —quizá en casi todas— y en grandes poblaciones a lo largo de todo Estados Unidos. Muchos de estos programas reciben fondos del *United Way* o de otras fuentes principales de financiamiento (que incluye, a veces, financiamiento gubernamental). Pero, como Diane Margolis puso de manifiesto: “La vida política está llena de paradojas sobre los movimientos feministas, entre ellas el hecho de que las activistas enfrentan algunos de sus más difíciles retos precisamente en países que ya cuentan con garantías constitucionales de igualdad de género”.<sup>12</sup> Aunque Estados Unidos ha fallado reiteradamente en aprobar una Enmienda de Igualdad de Derechos a la Constitución, quizá ello constituya una garantía de que el activismo de las mujeres continuará existiendo; la institucionalización de muchas de las reivindicaciones de los movimientos de mujeres puede haber tenido un efecto similar.

Al comparar los movimientos de mujeres de Estados Unidos y de la India para poner fin a la violencia doméstica, Diane Busch asevera que cuando las reformas de las políticas del Estado satisfacen demandas básicas, el impacto de los movimientos de mujeres se embota.<sup>13</sup> En Estados Unidos, a finales de la

<sup>12</sup> Diane Margolis, “Women’s Movements around the World: Cross-Cultural Comparisons”, *Gender and Society*, no. 7 (1993): 388.

<sup>13</sup> Diane Bush, “Women’s Movements and State Policy Reformed Aimed at Violence against Women: A Comparison of the Consequences of Movement Mobilization in the U.S. and India”, *Gender and Society*, no. 6 (1992): 587-608.

década de los setenta y durante la de los ochenta, la violencia doméstica contra las mujeres se definió como “un problema social”; así, el movimiento de las mujeres golpeadas consiguió que se llevaran a cabo diversas reformas políticas que penalizaban el abuso doméstico. En gran parte, gracias a estos éxitos, la violencia contra las mujeres se ha contextualizado como un asunto de “violencia familiar”, y la versión médica, penalista o psicológica del asunto se ha convertido en la definición dominante.<sup>14</sup> Enmarcada de esta forma, la violencia contra las mujeres se ha tornado del dominio del sistema de justicia penal y de quienes se dedican a la salud mental; no concierne más a las organizadoras de los movimientos populares de mujeres, muchas de las cuales han trabajado diligentemente (y muchas más continúan haciéndolo) para fundar, bajo el punto de vista feminista, refugios para mujeres golpeadas y centros de atención para mujeres violadas. En este sentido, muchos de los logros de los movimientos de mujeres han servido para minar la movilización continua de mujeres, aun cuando todavía quede mucho por hacer.

A pesar del generalmente muy pobre medio para organizar movimientos sociales, no todos los movimientos progresistas decayeron a partir de los setenta. Es muy importante señalar que el movimiento de gays y lesbianas ha florecido, y aunque gran parte de sus líderes son hombres, las mujeres también han desempeñado papeles de liderazgo muy importantes en este movimiento.<sup>15</sup> Asimismo, la responsabilidad compartida familiar y las disposiciones antidiscriminación han sido aprobadas en un gran número de comunidades a lo largo de Estados Unidos, y especialmente en las áreas urbanas ha florecido toda una gama de organizaciones de servicio, políticas y culturales.<sup>16</sup>

La crisis del SIDA ha marcado indeleblemente la organización de los movimientos sociales de gays y lesbianas al movilizar a hombres gay, cuyo número es cada vez mayor, y que no estaban organizados previamente, y al unir a las lesbianas con los gays y con sus aliados heterosexuales en torno y a favor del activismo contra el SIDA. En años recientes, las lesbianas también han continuado organizándose de manera autónoma, como las Lesbianas Vengadoras (Lesbian Avengers) que sacaron su activismo incendiario de “gira” y a partir de eso surgieron otros grupos.<sup>17</sup> En 1994, las actividades conmemorativas por el xxv Aniversario de Stonewall incluyeron una muy nutrida marcha de lesbianas (*dyke*). Esta idea de hacer en un evento marchas sólo de lesbianas, se ha propagado

<sup>14</sup> *Ibid.*, 599.

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, Urvashi Vaid, *Virtual Equality* (Nueva York: Anchor Books, 1995).

<sup>16</sup> Véase para la historia de gays y de las lesbianas: Barry Adam, *The Rise of a Gay and Lesbian Movement* (Boston: Twayne, 1987).

<sup>17</sup> Véase para una discusión con tintes de buen humor, aunque no totalmente a favor: Lindsay Van Gelder y Pamela Robin Brandt, *The Girls Next Door* (Nueva York: Simon and Schuster, 1996).

a otras comunidades y a otros eventos. La capacidad autónoma de organización de las lesbianas no resulta novedosa a finales de los años ochenta y a principios de los noventa, pero significa el resurgimiento de esfuerzos anteriores para organizarse en grupos de acción directa. La organización de comunidades lesbianas feministas ha sucedido desde los setenta con la producción anual de festivales musicales, conciertos y otras presentaciones y mediante un vasto espectro de grupos de apoyo, pequeños negocios y eventos y actividades.<sup>18</sup>

La vertiente Pro Libre Elección (Pro-Choice) del movimiento feminista también se ha mantenido fuerte. De hecho, Staggenborg ha dicho que ha tenido una continua móbilización desde la victoria en 1973 en la Suprema Corte, del caso *Roe v. Wade*, que garantizó a las mujeres el derecho al aborto.<sup>19</sup> Los ataques de la derecha contra el aborto en los años ochenta, tales como la Operación Rescate (Operation Rescue), continúan propiciando apoyo popular para el movimiento, a la vez que promueven sólidas bases institucionales, ya que se han establecido organizaciones nacionales como la Liga Nacional de Acción a favor del Aborto y de los Derechos Reproductivos y sus filiales locales.

Las mujeres también se han organizado en otros foros de discusión. Si bien los esfuerzos de las mujeres de color para organizarse —con frecuencia con intenciones feministas explícitas— han recibido poca atención de los medios de comunicación, los movimientos sociales organizados por ellas han revitalizado el pensamiento teórico feminista y han brindado nuevos modelos para la organización de las mujeres.<sup>20</sup> Las mujeres afroamericanas que se han organizado en torno a temas de salud, por ejemplo, intentan reformular los derechos reproductivos. El Proyecto de Salud de las Mujeres Negras (Black Women's Health Project) ha desarrollado redes regionales que alientan a las mujeres negras a definir y a dar respuesta a sus problemas de salud con sus propios medios.<sup>21</sup> Los intentos por crear coaliciones de mujeres de color y de mujeres blancas y de color han sido tanto regocijantes como muy conflictivos.<sup>22</sup> Éstos, y otros mo-

<sup>18</sup> Nancy Whittier, *Feminist Generations: The Persistence of the Radical Women's Movement* (Filadelfia: Temple University Press, 1996); Kristin G. Esterberg, *Lesbian and Bisexual Identities: Constructing Communities, Constructing Selves* (Filadelfia: Temple University Press, 1997).

<sup>19</sup> Suzanne Staggenborg, *The Pro-Choice Movement: Organization and Activism in the Abortion Conflict* (Nueva York: Oxford, 1991).

<sup>20</sup> Patricia Collins, *Black Feminist Thought* (Nueva York: Routledge, 1990); Gloria Anzaldúa, ed., *Making Face, Making Soul. Haciendo Caras. Creative and Critical Perspectives by Women of Color* (San Francisco: Aunt Lute Books, 1990).

<sup>21</sup> Evelyn L. Barbee y Marilyn Little, "Health, Social Class and African-American Women", en Stanlie M. James y Abena P.A. Busia, eds., *Theorizing Black Feminisms: The Visionary Pragmatism of Black Women* (Londres: Routledge, 1993).

<sup>22</sup> Virginia R. Harris y Trinity Ordonez, "Developing Unity Among Women of Color: Crossing the Barriers of Internalized Racism and Cross-Racial Hostility", en Anzaldúa, ed., *Making Face...*; Lynet

vimientos más específicos de mujeres, persisten aun frente a un clima político generalmente hostil, como los grupos de protesta contra los residuos tóxicos y los riesgos ambientales.<sup>23</sup>

Gran parte de este movimiento organizador ha ocurrido en grupos locales relativamente pequeños. Los movimientos progresistas que continúan movilizan- do un considerable número de participantes y que sostienen una base organi- zacional activa han sido los objetivos de los ataques de la derecha: en particular, el movimiento de gays, lesbianas y bisexuales, y el movimiento Pro Libre Elec- ción.<sup>24</sup> Esto no es sorprendente ya que ambos movimientos se centran en torno a temas de sexualidad y a uso del cuerpo, y ambos desafían el concepto tradi- cional del lugar de las mujeres dentro de la familia y de la sociedad. Como co- mentaré a continuación, los acros debates entre la derecha religiosa y la Pro Libre Elección y los movimientos pro derechos de gays, lesbianas y bisexuales se centran, precisamente, en torno a temas de género.

## El crecimiento de las organizaciones de derecha

La disminución del activismo progresista está directamente relacionada con el incremento del activismo de derecha y conservador. Así, como las mujeres han sido participantes fundamentales en una gama de movimientos progresistas, de la misma forma lo han sido en los grupos de derecha y en los conservado- res. Aunque los estudiosos de los movimientos sociales han tendido siempre a centrarse en los movimientos progresistas que buscan un cambio social, los mo- vimientos de la derecha son una parte crucial del panorama social, los cuales apenas empiezan a recibir la atención académica que merecen. Dicha atención es particularmente importante para los estudiosos del activismo social de las mujeres, debido a la creciente importancia que han adquirido las mujeres en los esfuerzos de la derecha. A pesar de que no siempre son prominentes voceros

Uttal, "Nods that Silence", en Anzaldúa, ed., *Making Face...*; Winnifred Poster, "The Challenges and Promises of Class and Racial Diversity in the Women's Movement: A Study of Two Women's Organizations", *Gender and Society*, no. 9 (1995): 659-679.

<sup>23</sup> Phil Brown y Faith T. Ferguson, "«Making a Big Stink»: Women's Work, Women's Relationships, and Toxic Waste Activism", *Gender and Society*, no. 6 (1992): 587-608; Sherry Cable, "Women's Social Movement Involvement: The Role of Structural Availability in Recruitment and Participation Processes", *Sociological Quarterly*, no. 33 (1992): 35-50.

<sup>24</sup> Las mujeres de escasos recursos también han sido el blanco de los ataques de la derecha (así como del centro y de los moderados). Pero, a diferencia de anteriores intentos de organizarse para la defensa del derecho a la asistencia social, las mujeres pobres en los noventa no han sido capaces de mantener un activismo social organizado para protestar por los recortes a la asistencia.



de sus grupos —como el movimiento de las fuerzas armadas de Estados Unidos— con frecuencia sirven como infanterías de la derecha.

El crecimiento de las organizaciones de derecha, en parte, se debe a los éxitos de los movimientos feministas. Durante los años sesenta y los setenta, las mujeres estadounidenses obtuvieron importantes logros en términos de acceder a la elección reproductiva y mayores oportunidades de empleo y educación. Ya en la década de los ochenta, más de la mitad de las mujeres estadounidenses era parte constituyente de la fuerza de trabajo, y sus niveles educativos se acercaban ya a la paridad con los de los hombres.<sup>25</sup> Incluso los fracasos del movimiento de derechos de la mujer —la incapacidad para hacer aprobar la Enmienda de Igualdad de Derechos a la Constitución, por ejemplo— eran percibidos por algunos observadores de derecha como éxitos (la Enmienda, después de todo, fue aprobada por ambas Cámaras y ratificada por muchos estados —aunque no en suficiente número—). La percepción de los éxitos del movimiento izquierdista y liberal de las mujeres, en combinación con lo que muchos conservadores vieron como “el colapso” de la familia tradicional (éste fue acelerado, según argumentan los de derecha, si no es que fue causado, por los mismos movimientos feministas) provocó el resurgimiento de un activismo de derecha.

Como otros movimientos sociales, las organizaciones de derecha de los años noventa no surgieron de la nada. Así como la segunda ola de los movimientos feministas tuvo sus orígenes en el feminismo del siglo xix y de principios del xx,<sup>26</sup> de igual manera la movilización de la derecha en los noventa tiene sus predecesores. En muchos aspectos, la década de los setenta representó un parteaguas para los activistas conservadores. A pesar de que los conservadores y los derechistas de diversas tendencias —desde anticomunistas hasta libertarios y racistas declarados— han sido, durante mucho tiempo, parte de la sociedad de Estados Unidos, y en esa década fue precisamente cuando un cierto número de grupos de derecha empezó a juntarse en un poderoso frente unido de anticomunismo, tradicionalismo social y libertarismo. En esta misma década, se fundaron muchas organizaciones de derecha, las llamadas “pro familia”, las cuales incluyen Enfocándose en la Familia (Focus on the Family), Mujeres Preocupadas por América (Concerned Women for America, cwa por sus siglas en inglés) y la Mayoría Moral (Moral Majority).

<sup>25</sup> Bajo ninguna circunstancia digo que el movimiento de las mujeres “fue la causa” del ingreso de las mujeres al mercado laboral. Pero, más que ver estas tendencias sociales como logros de las mujeres, la derecha religiosa interpreta estos cambios como potencialmente dañinos para ellas —y ciertamente dañinos para la familia “tradicional”—.

<sup>26</sup> Nancy Cott, *The Grounding of Modern Feminism* (New Haven: Yale University Press, 1987).

Muchas de éstas tenían una agenda explícitamente antifeminista (y anti lesbianas y gays).<sup>27</sup>

Aunque este movimiento de derecha, que ha resurgido en los años noventa, no habla con una voz única, cierto número de grupos y organizaciones han formado coaliciones impresionantes, especialmente en torno a los temas del aborto y la homosexualidad. Desde el punto de vista de los tradicionalistas sociales, la creciente presencia de lesbianas, gays y bisexuales, y las campañas recientes a favor de los derechos de éstos representan el asalto final a la moralidad, a la familia, al orden económico, a la fuerza de la nación y a la concepción masculina de género que estas instituciones sostienen. El florecimiento de personajes sociales “raros” en la década de los setenta y en la de los ochenta, junto con lo que los tradicionalistas ven como el colapso de la familia, como se evidencia por el incremento de los divorcios y el aumento en el número de hogares encabezados por mujeres, y la aceptación del aborto, de los empleos para las mujeres, de los crímenes violentos, entre otras cosas fueron el aviso para algunos religiosos conservadores de que había llegado el final de los tiempos. A los ojos de estos activistas, los logros de los movimientos de mujeres y los de los movimientos pro derechos de los gays y lesbianas era una señal indudable de que se requería acción.

A pesar de que muchos grupos activistas de derecha, seculares o evangélicos por igual, están encabezados por hombres (La Coalición Cristiana de Pat Robertson es un ejemplo claro), las mujeres han estado activas como participantes y como líderes. Phyllis Schlafly, por ejemplo, ha sido una dirigente de la derecha desde los años setenta, cuando ella, casi sola, encabezó el movimiento para frenar la aprobación de la Enmienda de Igualdad de Derechos. Desde entonces, su organización, El Foro de las Águilas (The Eagle Forum), ha trabajado para oponerse a los derechos de los gays y lesbianas, al aborto, a la pornografía y a otros temas de los llamados “pro familia”. En los últimos años, también se ha opuesto a lo que ve como un “nuevo orden mundial” e intenta obtener la cooperación internacional, encarnada en, por ejemplo, las actividades de la Organización de Naciones Unidas (como la Convención de la Organización de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños).

El movimiento CWA, que se autopromueve como la organización de mujeres más grande de Estados Unidos, está encabezado por Beverly LaHaye. El gru-

<sup>27</sup> Como mi colega Jeffrey Longhofer y yo argumentamos en una ponencia que está por publicarse (Kristin G. Esterberg y Jeffrey Longhofer, “Researching the Radical Right: Responses to Anti-Lesbian/Gay Initiatives”, en Catherine Taylor y Janice Ristock, eds., *Sexualities and Social Action: Inside the Academy and Out* (Toronto: University of Toronto Press), muchos grupos de derecha han sido capaces de hacer a un lado sus propias diferencias sustanciales para oponerse a los logros del movimiento de gays, lesbianas y bisexuales.

po, fundado en 1979, tiende “a preservar, proteger y promover los valores tradicionales judeo-cristianos, a través de la educación, la defensa legal, programas legislativos y actividades relacionadas que representan la preocupación de hombres y mujeres que creen en estos valores”. Como ha descrito un observador, “Beverly LaHaye inició dicha organización para otorgar a las mujeres tradicionales una voz. Sabía que la mayoría de las mujeres no estaba siendo representada por las filosofías radicales del movimiento feminista”.<sup>28</sup> Organizado a nivel nacional, el cwa dice tener seiscientos mil miembros e innumerables grupos provinciales a lo largo del país. Sin embargo, algunos arguyen que esta cifra está inflada por la práctica de contar como miembros incluso a los que, alguna vez, llegaron a hacer un donativo.<sup>29</sup> Empero, su membresía es ciertamente sustancial.

Las organizaciones llamadas “pro familia”, como el cwa, se movilizan en torno a una variedad de temas, la homosexualidad y el aborto son fundamentales para ellos, pero otras prioridades incluyen la educación (en particular, se oponen a los resultados basados en la educación e iniciativas educativas del gobierno); apoyan la oración religiosa en las escuelas y los vales escolares; se oponen a la onu y a sus iniciativas (por ejemplo, las referentes a la agricultura sustentable y al medio ambiente), y a otros temas relacionados. Estas organizaciones se apoyan en redes establecidas desde hace mucho tiempo (como los grupos eclesiásticos, los círculos de oración, etc.) y han tenido éxito al cabildear en el Congreso; presentan candidatos para elecciones locales; editan un número considerable de libros de tendencia conservadora, panfletos, videos, transmisiones de televisión y programas de radio; y participan en una amplia gama de actividades de movimientos sociales.

El debate entre grupos, como el cwa, y las organizaciones progresistas feministas y de gays y lesbianas se basa fundamentalmente en sus concepciones de género, y frecuentemente en sus concepciones opuestas del papel de los hombres y de las mujeres en la sociedad de Estados Unidos. Los derechistas religiosos ven un peligro en el movimiento tendiente a lograr mayor igualdad entre hombres y mujeres; en especial, en la creciente participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. El peligro estriba en que las mujeres ya no se casarán y mantendrán a las familias unidas. Al mismo tiempo, temen que los hombres abandonarán (así lo han hecho) a sus familias, dejando a las mujeres “indefensas”. Hasta cierto punto, las derechistas religiosas y las feministas pueden estar de acuerdo en que el abandono del hogar por los hombres deja a las mujeres económi-

<sup>28</sup> *The Political Pulse: Christian Internet Resources*, s/f.

<sup>29</sup> Sara Diamond, *Spiritual Warfare: The Politics of the Christian Right* (Boston: South End Press, 1989).

camente vulnerables.<sup>30</sup> Pero, las soluciones que proponen son diametralmente opuestas. Las conservadoras derechistas buscan un regreso a la estructura tradicional de la familia, en la cual el divorcio es difícil de obtener, y en la cual los hombres mantienen a su familia y las mujeres no necesitan trabajar fuera del hogar. Las progresistas tienden a avocarse al aumento de los salarios de las mujeres y a disminuir la desigualdad que hace que tantas sean pobres y necesariamente dependientes de los ingresos del hombre; más que ver al hombre como “cabeza de familia”, buscan que haya diversidad en las formas de constituir familias. Y, mientras que muchas feministas esgrimen la obligación del hombre de mantener a sus hijos en caso de divorcio, no buscan regresar a la “familia tradicional” por el solo propósito de obtener tal apoyo, especialmente en el caso de maridos golpeadores.

Para las conservadoras derechistas, el enfoque sobre el aborto se basa tanto en una preocupación moral como en el temor de que éste permita a las mujeres evadir las consecuencias de la sexualidad. Si tienen derecho a abortar, las mujeres pueden decidir *no* tener hijos, *no* casarse, sino buscar su realización en otro tipo de actividades. Como Lawrence Tribe apunta, el hecho de que las activistas antiaborto estén dispuestas a cualquier extremo para detener el aborto, salvo proporcionar mejor educación sexual y anticonceptivos más eficaces (especialmente para las adolescentes), pone de manifiesto la creencia de que el embarazo y el alumbramiento, en ciertas instancias, “es el castigo que las mujeres en particular deben soportar por haber aceptado el sexo consensual”.<sup>31</sup> Para estas activistas, argumenta Tribe, es más importante prevenir “cualquier aumento marginal de las actividades sexuales”, que podría derivarse del incremento de la educación sexual y del uso de anticonceptivos, que, de hecho, reducir el número de abortos. Por ende, también el enfoque de la homosexualidad se ha centrado principalmente en la preocupación de que los gays, las lesbianas y los bisexuales, borran la distinción entre los sexos al no mantenerse dentro de los papeles tradicionales de género. La existencia de lesbianas y gays, como miembros de la sociedad abiertamente productivos y no arrepentidos es vista como una amenaza para las familias tradicionales y para la sociedad misma.<sup>32</sup> El argumento de los derechistas religiosos es, de alguna manera, paradójico: los homosexuales son pecadores porque no viven una relación

<sup>30</sup> Véase, por ejemplo, Barbara Ehrenreich, *Hearts of Men: American Dreams and the Flight from Commitment* (Garden City, N.Y.: Anchor, 1983).

<sup>31</sup> Lawrence Tribe, *Abortion: The Clash of Absolutes* (Nueva York: W.W. Norton, 1992).

<sup>32</sup> Estos no son, por supuesto, los únicos argumentos de la derecha religiosa contra las lesbianas y los gays. Otros, se basan en las prohibiciones bíblicas o en la creencia generalizada de la “naturalidad” de los tradicionales papeles de género heterosexuales.

conyugal; sin embargo, los derechistas religiosos no apoyan las demandas de las lesbianas y los gays para acceder al matrimonio legal. En una diatriba contra los matrimonios entre personas del mismo sexo, un activista del cwa argumentó:

En décadas pasadas hemos visto a los matrimonios tradicionales ser atacados. Pero nunca como ahora, el ataque ha sido tan feroz. Hemos visto que los divorcios no penalizados hacen pedazos a las familias, dejando que las mujeres sean las que luchen para proveer las necesidades de los hijos —y a los hijos anhelar la presencia de su papi en casa—. Hemos visto cómo el sistema de asistencia social de Estados Unidos premia la ilegitimidad, alentando a las madres pobres a no casarse, con lo cual dejan a innumerables criaturas sin padre al cual acudir [...] La aceptación de matrimonios entre personas del mismo sexo puede ser “la proverbial gota que derrame el vaso”. Esto es un ataque a la esencia del matrimonio y asesta el golpe de gracia a la ya de por sí debilitada familia [...] si una sociedad destruye el matrimonio tradicional, también destruye a la familia.<sup>33</sup>

En mayor medida, los movimientos pro familia buscan regresar a los tiempos cuando la mujer estaba subordinada al hombre: en el trabajo, en la casa y (tal vez especialmente) en la Iglesia. Algo de esto puede observarse claramente en un grupo llamado El Consejo de la Hombría y la Femenidad Bíblicas (Council on Biblical Manhood and Womanhood).<sup>34</sup> Este Consejo fue fundado en 1987 para “contrarrestar el alarmante crecimiento del feminismo al interior del mundo académico evangélico”.<sup>35</sup> En la “Declaración Danvers”, que establece los fines y propósitos del Consejo, se menciona con alarma los siguientes acontecimientos:

La extendida incertidumbre y confusión en nuestra cultura en lo tocante a las diferencias complementarias entre la masculinidad y la feminidad [...] los trágicos efectos que esta confusión acarrea al romper los vínculos de los matrimonios concertados por Dios [...] la creciente promoción que se hace a la igualdad de las mujeres [...] la enorme ambivalencia en lo que respecta a valores tales como la maternidad, la vocación doméstica y muchos otros de los ministerios a cargo de la mujer [...].

Entre sus afirmaciones, incluyen un llamado a las esposas “para que renuncien a cualquier resistencia a la autoridad del esposo y para que se sometan

<sup>33</sup> Jim Woodall, “Lawfully Wedded?”, en Concerned Women for America [World Wide Web Home Page].

<sup>34</sup> Beverly LaHaye del cwa es miembro de dicho Consejo. Otros signatarios notables de la “Declaración Danvers”, que estatuye los principios del Consejo, incluyen a los reverendos Jerry Falwell, D. James Kennedy y Pat Robertson.

<sup>35</sup> Wayne Grudem, *Council on Biblical Manhood and Womanhood* [World Wide Web Home Page].

voluntaria y alegremente a la mano protectora del cónyuge". En la Iglesia, dicen, los papeles principales deben estar reservados a los hombres. Sin embargo, no todas las mujeres de derecha instan a las mujeres a someterse a sus esposos (o al liderazgo de los hombres, en general). Aquellas que tienen ideales más liberales se encuentran de acuerdo, a veces, con las feministas.<sup>36</sup>

Más con tendencia hacia el centro, un cierto número de mujeres prominentes se han organizado contra el feminismo, esgrimiendo que esos movimientos de mujeres han perdido contacto con los intereses y necesidades de la vasta mayoría de mujeres estadounidenses. Muchas de estas académicas y activistas se identifican como feministas o como exfeministas;<sup>37</sup> ellas —y los medios de comunicación que las promueven— han argumentado que el feminismo se ha alejado del compromiso primordial de las mujeres con el matrimonio y la familia. A pesar de que no representan un movimiento masivo, sí han señalado algunos de los problemas que enfrentan las feministas en los años ochenta y noventa; y como algunas han sugerido también, los movimientos de mujeres, como la Organización Nacional para Mujeres (NOW), viraron hacia la izquierda en los años ochenta, exactamente en el momento cuando el país parecía moverse hacia la derecha. Por diversas razones, durante ese tiempo, el movimiento Pro Libre Elección parecía haberse fusionado con el movimiento de mujeres y con aquellos para los cuales el aborto no es un asunto tan relevante como para organizarse en torno a él, o como para mantenerse a cierta distancia. Para muchas mujeres pobres y de color hay otros asuntos más cruciales en torno a los cuales organizarse, tales como los recortes a la asistencia social, la desigualdad racial, los ataques para negarles a los inmigrantes el acceso a los servicios básicos, como son la salud, la educación, etc. Así, las mujeres se organizan en torno a estos asuntos, tanto en grupos mixtos como del mismo género. Al mismo tiempo, el rango completo de las actividades de los movimientos sociales de mujeres simplemente no han recibido mucha atención popular. Las organizaciones de mujeres trabajadoras como De 9 a 5 (9 to 5) y la Red Nacional de Creadoras Amas de Casa Desplazadas (National Displaced Homemaker Network) sencillamente no han recibido la misma atención de los medios de comunicación que han tenido los debates sobre el aborto.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Véase Rebecca Klatch, *Women of the New Right* (Filadelfia: Temple University Press, 1987).

<sup>37</sup> Christina Summers Hoff, *Who Stole Feminism?* (Nueva York: Simon and Schuster, 1994); Camille Paglia, *Sex, Art, and American Culture* (Nueva York: Vintage, 1992); Elizabeth Fox-Genovese, *Feminism Is Not the Story of My Life* (Nueva York: Doubleday, 1996).

<sup>38</sup> Hartmann, Bravo, Bunch *et al.*, "Bringing Together Feminist...".

## En resumen

Así pues, ¿dónde se encuentra el activismo de los movimientos sociales de las mujeres en Estados Unidos a fines del siglo xx? Es una pregunta difícil de contestar. El activismo de las mujeres, en el mejor de los casos, está fragmentado, no sólo en términos de su carácter ideológico —de derecha o de izquierda—, sino también en cuanto a su forma y sus inclinaciones electorales. Dicha fragmentación no es, pienso, totalmente un mal asunto. Uno de los problemas del feminismo de la segunda ola ha sido su dificultad para incluir las metas, prioridades y los puntos de vista de las mujeres pobres, de color y de la clase trabajadora. Los esfuerzos de las feministas negras y de otras mujeres de color por expandir los límites del feminismo, lo han revitalizado en muchos aspectos, al mismo tiempo que han señalado las dificultades y contradicciones que implica el tratar de crear un movimiento de mujeres monolítico. La tercera ola, la generación X, que está haciendo revistas (*zines*) y páginas de Internet, su propio estilo distintivo de activismo, también alberga esperanzas para el futuro del feminismo.<sup>39</sup>

Puede que no haya un movimiento único feminista, como comenta Charlotte Bunch,<sup>40</sup> pero hay muchos movimientos impulsados por el activismo de las mujeres. Si bien algunos de éstos me parecen francamente desalentadores —en especial los intentos de la derecha religiosa para regresar el tiempo a costa de los logros que han conseguido las mujeres—, otros son enormemente esperanzadores. Al mismo tiempo, la carencia de un centro, aunque permite a diversos movimientos de mujeres florecer, también vuelve su activismo difícil de definir y de ubicar.

La época de los ochenta y los noventa ha sido de expansión del conservadurismo en Estados Unidos. En tanto los movimientos feministas pasan por un periodo de letargo, los movimientos de derecha —incluyendo los movimientos de mujeres— han florecido. Estas dos décadas han sido testigos de ataques contra la acción afirmativa y la igualdad de oportunidades de empleo para las mujeres y las minorías. El financiamiento a los programas para mujeres pobres y sus hijos ha sido violentamente recortado, y la tendencia a “reformular” la seguridad social deja cada vez menos una red de protección para las mujeres pobres y sus hijos. Los debates en torno al género, a la homosexualidad y al aborto han sido —y continúan siendo— virulentos. Algunas pocas organizacio-

<sup>39</sup> Véanse para una antología de y sobre feministas jóvenes: Barbara Findlen, *Listen Up: Voices from the Next Generation* (Seattle: Seal Press, 1995); y Rebecca Walker, ed., *To Be Real: Telling the Truth and Changing the Face of Feminism* (Nueva York: Anchor Books, 1995).

<sup>40</sup> Hartmann, Bravo, Bunch *et al.*, “Bringing Together Feminist...”.

nes progresistas como la Unión Americana de las Libertades Civiles (American Civil Liberties Union), Gente a Favor del Estilo de Vida Americano (People for the American Way), y otras, junto con feministas, judíos y cristianos moderados, han empezado a movilizarse para contrarrestar la influencia de la derecha religiosa. Aun así, parece que estamos en una encrucijada. Al entrar al siglo XXI, es probable que los debates acerca de las mujeres y el género continúen.